



celos provocados por el deseo carnal hacia una de las dos hermanas; el origen de la humanidad se remonta a Akliá, la hija de rasgos y comportamiento antropoides que así resulta ser el eslabón perdido que vincula al Génesis con la teoría evolucionista...

En ningún momento la autora pretende parodiar, distorsionar, disentir verdaderamente del canon. Su intención es otra: recrear, completar la versión original y tradicional, solazarse con su indiscutible don poético e imaginativo como un pequeño dios para nombrar lo que aun de esa historia no ha sido nombrado. El resultado, no una novela con trama e hilos y nudos de tensión, sino una alegoría, una glosa, un relato —eso sí, magníficamente contado. Sin embargo, no deja de sorprender que dos jurados (el del Premio Biblioteca Breve y el Sor Juana de la FII) hayan considerado premiar como novela a *El infinito en la palma de la mano* —aunque no demasiado sorprendente si se considera que la tentativa inicial y el trabajo del lenguaje son muy seductores.

Entre los elementos que Gioconda Belli propone a la trama original se encuentra el de dotar al personaje de

Eva de una relevancia desestabilizadora al orden divino: será ella —la curiosa, la irreverente— quien cargue con el papel dinámico que habrá de poner en crisis la eternidad inmóvil, lo mismo al comer la fruta prohibida que al buscar respuesta a las preguntas que su mente ágil no se cansa de formular. Sin embargo, esta idea, que en algún momento pudo ser calificada de transgresora, ha venido a convertirse en el lugar común de una perspectiva feminista que busca legitimar el papel de las mujeres a lo largo de la historia. No creo que nadie en su sano juicio pueda cuestionar esa presencia, pero cuando una idea se vuelve consigna en literatura ya no estamos creando personajes y encarnándolos de humanidad, sino urdiendo entelequias ideologizadas, y haciendo proselitismo en uno de los pocos reductos donde lo humano es poliforme y contradictoriamente proteico: el arte. Bajo esta premisa, no es de sorprenderse que se asigne a Eva el papel de iniciadora del arte rupestre al pintar con los restos de una fogata las paredes interiores de una cueva mientras espera a que Adán retorne de sus labores de caza y recolección.

En descargo señalaré uno de los pocos momentos de tensión de la historia, el que me parece mejor anudado y en el que la pasión —no las intenciones— mueve a los personajes: el episodio de la rivalidad de Caín que culmina en el primer asesinato. Y que sea por el amor de una mujer nos habla intrincadamente de un conflicto del corazón humano. Que Luluwa sea la nueva manzana en discordia es materia novelesca, como también lo habría sido el deseo de Adán por esa hermosa muchacha, que en el relato se queda como una mera sugerencia incestuosa y que la autora decidió no aprovechar. Una lástima: ahí estaba la verdadera carne de la novela. Así pues, *El infinito en la palma de la mano* es un libro de alcances finitos, que se deja leer por la atinada e imaginativa prosa de una escritora de afamada trayectoria, con varios premios, seis libros de poesía (se destacan *De la costilla de Eva* y *El ojo de la mujer*) y cinco novelas (entre ellas *La mujer habitada* y *Sofía de los presagios*), cuya temática es siempre trinchera feminista. ~

